

que correspondía al orden de toda la nación y de todo el pueblo.» (Martínez Estrada: 1969, p. 20) La conversión de su persona en el representante legal y literal de las cosas, produce un saber apasionado y vital, un manejo de materiales de erudición condicionado por los definitivos documentos de su propia conciencia. Como recuerda Ana María Barrenechea, todos los críticos de Sarmiento están de acuerdo en destacar que no fue un creador puro, sino un autor de combate que siempre tomó la pluma para la defensa de una idea: «Soldado, con la pluma o la espada, combate para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento.» (XIV, p. 68) Pero junto al hombre de acción, existe también un artista excepcional, alguien que «vivió la originalidad de su intento —explicación de un fenómeno americano por circunstancias americanas— y quiso destacarlo con el orgullo del escritor consciente de su propio valer como una exaltación y defensa de su labor.» (Barrenechea: 1956, pp. 284-285) Sarmiento conseguía dotar de existencia literaria a un hombre desaparecido; conjurando su cadáver, le insuflará el espíritu vivificador para luchar contra él, «traducir su obra de creador por el verbo en un milagro de carne y hueso que nos llene de estupor: ¡Sombra terrible de Facundo voy a evocarte...!» (Barrenechea: 1956, p. 294)

Para Ezequiel Martínez Estrada, *Facundo* es fundamentalmente un libro de destierro que no puede entenderse sin tener en cuenta el entorno que rodea su escritura, la premura y el apremio de una obra impulsada primero y modificada después según las circunstancias políticas. Sabemos que su aparición fragmentaria en forma de folletín en el periódico *El Progreso de Chile* (mayo-junio 1845) estuvo condicionada por la llegada de un ministro plenipotenciario de Juan Manuel Rosas¹; la inclusión de las cincuenta correcciones realizadas al texto por Valentín Alsina en la segunda edición de 1851, provoca una serie de omisiones debidas a la búsqueda de unión entre los contrarios a Rosas en la figura de Urquiza, olvidando los resentimientos entre unitarios y federales; del mismo modo la tercera edición (1868) se publica cuando Sarmiento es candidato a la presidencia y la cuarta (1874) coincide con el final de su presidencia y el deseo de asimilarla a la conclusión de su libro.

En la «Advertencia» incluida en la edición de julio de 1845 (la primera como libro) Sarmiento comenta las rectificaciones recibidas y se excusa de las inexactitudes cometidas. Su disculpa atiende tanto a la heterogeneidad de las fuentes utilizadas (testigos oculares, «manuscritos formados a la ligera» y recuerdos propios) como a un trabajo «hecho de prisa» lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto de que no se había escrito nada hasta el presente» (p. 33). La rapidez por razones de actualidad, el

¹ El 1º de mayo de 1845 Sarmiento publica un «Anuncio de la 'Vida de Quiroga'», en el número 768 de *El Progreso de Chile*, donde se explica que «Un interés del momento premioso y urgente, me hace trazar rápidamente un cuadro que había creído poder presentar algún día, tan acabado como me fuese posible. He creído necesario hacinar sobre el papel mis ideas tales como se presentan, sacrificando toda pretensión literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser transcendental para nosotros.» La precipitación del escrito se debe a la llegada del doctor Baldomero García, enviado desde Buenos Aires con un pedido de extradición para nuestro escritor.

El viernes 2 de mayo (nº 769) apareció en la sección Folletín el título de «Facundo» y más abajo «Introducción, I», el 3 de mayo (nº 770) con el mismo título y subtítulo viene la continuación del prólogo iniciado la víspera; al verso de la primera hoja se inicia el «Facundo, Parte primera, Aspecto físico de la República argentina», el 5 de mayo (nº 771) «Facundo, Parte primera, aspecto físico de la República argentina i carácter, ábitos e ideas que enjendra». Fueron un total de 25 entregas que terminaron el 25 de junio (nº 813) en la sección del Suplemento. En julio aparece la primera edición en libro con el título de *Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. I aspecto físico, costumbres i ábi-*

tos de la República Argentina. Este texto tiene dos capítulos más («Gobierno unitario» y «Presente y porvenir») y una «Advertencia».

Existe una importante bibliografía sobre problemas textuales: Elizabeth Garrels «El Facundo como folletín» (1988); Guillermo Ara «Las ediciones del Facundo» (1958); Noël Salomon «A propósito de los elementos costumbristas en el Facundo» (1984); Ana María Barrenechea «La configuración del Facundo», (1978) y «Notas al estilo de Sarmiento» (1956); William Katra «El Facundo: contexto histórico y estética derivada» (1981); y Alberto Palcos (1962).

² «A pesar de la presión de Thiers y otros opositores, François Guizot, autor de Historia de la civilización de Europa y Revolución de Inglaterra, entre otras obras, por entonces primer ministro de Francia, mantiene una actitud moderada frente a los sucesos del Río de la Plata, negándose a intervenir si Rosas respeta los términos del tratado celebrado en 1840 (Mackau-Arana). En 1843, Pichon, el cónsul francés de Montevideo, se opone a que los franceses residentes en esta ciudad constituyan una «legión francesa» de apoyo a Rivera, y Guizot ordena que la misma se disuelva. Sarmiento deja en Viajes el testimonio de su entrevista con Guizot en 1847.» (Cfdo. Noé Jitrik: 1977, p. 11)

Sarmiento critica en Guizot al historiador que falla en política, al experto del

destierro y la ausencia de autoridades, formarán desde entonces una compacta red de la que depende tanto la estructura como el estilo del *Facundo*, la ordenación de un mundo y la manera de decirlo.

La lucha de los románticos por la libertad, lo fue también contra cualquier tipo de tradición, de autoridad, de norma; frente al uniformismo clásico su comportamiento subjetivo y egocéntrico permitió el culto de las particularidades y la reivindicación de la originalidad. Según Noé Jitrik, el dilema central entre la civilización europea y la barbarie indígena (inteligencia versus materia) encarna una oposición cuyo valor constructivo rige la anatomía textual de *Facundo*. Frente a los modelos conocidos por Sarmiento, indispensables para «referir», se evocará la sombra terrible del personaje. La revelación del «secreto» desconocido problematiza lo formulado: «¡Sombra terrible de Facundo voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: revélanoslo.» (pp. 37-38)

Además, la distorsión de los modelos está provocada por la urgencia y el desorden; el rasgo temperamental trastoca la imponente del modelo y a veces lo hace entrar en contradicción consigo mismo. (Noé Jitrik: 1977, pp. XXXIII-XLII).

Sarmiento colocará, por tanto, como apóstrofe fundamental de sus modelos, la evocación del secreto, un saber misterioso y oscuro que impide toda sistematización; se mantiene de este modo la conciencia de la contradicción y el rechazo de lo real a dejarse aferrar. Antes que estudioso y voraz lector, Sarmiento se presenta como un médium de lo interno. Utilizando el punto de vista romántico del arte como revelación y expresión de lo indecible, podrá jugar con una pluralidad de sentidos. Sobre esta inagotabilidad hermenéutica de su obra se levanta la personificación del imperativo categórico: lo interior. Como dirá en el prólogo a sus *Viajes* (1849): «He escrito, pues, lo que he escrito porque no sabría cómo clasificarlo de otro modo, obedeciendo a instintos y a impulsos que vienen de adentro, y que a veces la razón misma no es parte a refrenar» (V, p. 9)

El dilema de los modelos aparece por primera vez en la «Introducción», donde junto al alegato contra el silencio y la indiferencia de los historiadores y políticos franceses respecto de la historia contemporánea argentina (concretizada en François Guizot²), se invoca la figura del historiador científico a lo Tocqueville. Después, en el capítulo II sobre la «Originalidad y caracteres argentinos», se produce el rechazo del modelo exclusivo de Tocqueville para la comprensión americana, y su sustitución por el *romancista* Fenimore Cooper. Esta gradación tiene que ver, como apunta sagazmente Elizabeth Garrels (1993, p. 270), con la paradoja esencial del liberalismo

historiográfico hispanoamericano que, según Beatriz González Stephan, «por un lado, internaliza —o adapta para sí— la concepción hegeliana de la historia y, por otro, es a partir de ella que perfila con un voluntarismo americanista la historia nacional del proceso literario.» (González Stephan: 1987, p. 199) Con respecto al primer modelo, los equivocados criterios de política exterior de Guizot neutralizan de alguna forma su discurso histórico; la *res publica* debilita la autoridad de su escritura.

A la América del Sud en general, y a la República Argentina sobre todo, ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos. (p. 40)

Alexis de Tocqueville se encuentra, para Sarmiento, en un espacio intermedio y de transición entre el discurso histórico europeizante y la creación de una tradición literaria propia. Además, según explica más adelante, «Tocqueville nos revela por la primera vez el secreto de Norteamérica» (p.176), realizándose de este modo el progresivo conocimiento de la barbarie pastora. Su identificación con el viajero científico, le permite utilizar una copiosa literatura de viajes que, al amparo textual europeo, permite la originalidad y singularidad americanas. Noël Salomon opina certeramente que nunca «se insistirá lo suficiente sobre el papel de la 'mediación cultural' en la toma de conciencia americanista del paisaje entre los jóvenes argentinos del 37. Estos vieron (inventando a veces) a su propia naturaleza americana a través de lecturas de viajes y de románticos europeos, así como de litografías, acuarelas o estampas del viejo continente.» (Salomon: 1984, p. 77) Roberto González Echevarría ha estudiado magistralmente «el modo en que la literatura científica de viajes determina el *Facundo* como texto y crea de esta relación una nueva forma de narrar en América, que perdurará aún en vestigios hasta el presente, pero que estará vigente como fábula maestra hasta los años veinte de nuestro siglo» (González Echevarría: 1988, pp. 397-398). Sarmiento se descubrirá a sí mismo y explorará la cultura argentina al alejarse y verla a distancia, mediatizado por los textos (como los viajeros por los discursos científicos). Su descubrimiento es profundamente literario. «Para que *Facundo* sea inteligible tiene que pasar por las categorías y clasificaciones de la ciencia moderna, pero para ser original (del origen contradictorio visto) tiene que escaparse de ellas. Para ser inteligible a los lectores europeos o a aquellos inmersos en la cultura europea, Sarmiento tiene que escribir un libro conforme al discurso de ellos, pero para ser él mismo y, por lo tanto, intere-

espíritu moderno francés indiferente e impassible ante una realidad que no es la suya. «M. Guizot ha dicho desde la tribuna francesa: 'Hay en América dos partidos; el partido europeo y el partido americano: éste es el más fuerte'; y cuando le avisan que los franceses han tomado las armas en Montevideo, y han asociado su porvenir, su vida y su bienestar al triunfo del partido europeo civilizado, se contenta con añadir: 'Los franceses son muy entrometidos y comprometen a su nación con los demás gobiernos'. ¡Bendito sea Dios! M. Guizot, el historiador de la Civilización europea (...) M. Guizot, ministro del rey de Francia, da por toda solución a esta manifestación de simpatías profundas entre los franceses y los enemigos de Rosas: '¡Son muy entrometidos los franceses!'» (Sarmiento: 1990, p. 43).

sante para la mirada de ellos, tiene que ser original.» (Ibid. 389) La mirada textual argentina de Sarmiento incluye, entre otros, el conocimiento de la pampa de Sir Francis Bond Head en *Rough Notes Taken During Some Journeys Across the Pampas and Among the Andes* (1826) citado en francés, y de la naturaleza tucumana en *Journey from Buenos Aires through the Provinces of Cordoba, Tucumán, and Salta to Potosi* (1827) del capitán inglés Joseph Andrews.

Desechado el político-historiador y transformado metafóricamente el historiador en viajero, Sarmiento alaba finalmente la pluma del romancista Fenimore Cooper a partir de la defensa de un «costado poético» en las condiciones de la vida pastoril y el difícil triunfo de la civilización europea.

Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia: lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres. (pp. 75-76)

El proceso que Sarmiento ha seguido con sus modelos hasta aquí, permite reconstruir la creación de un movimiento que incorpora alternativas versiones del mundo americano: el rechazo de Guizot impidiendo desde la tribuna francesa la alianza entre los franceses y los enemigos de Rosas; la petición profética de un Tocqueville que disfrazado de viajero científico «viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política», mientras tanto la ausencia de «observadores competentes» impide un estudio que «nosotros no estamos aún en estado de hacer por nuestra falta de instrucción filosófica e histórica» (p. 41); y por último la defensa del único romancista norteamericano «que haya logrado hacerse un nombre europeo, y eso porque transportó la escena de sus descripciones fuera del círculo ocupado por los plantadores, al límite entre la vida bárbara y la civilizada, al teatro de la guerra en que las razas indígenas y la raza sajona están combatiendo por la posesión del terreno.» (p. 76)

Como ha señalado Tulio Halperin Donghi, en toda la historiografía romántica advertimos una misma concepción de la realidad como lucha sin descanso entre vastas unidades de sentido; los dos mundos enemigos que nos propone *Facundo* forman parte de una cadena donde la lucha de razas, de clases (entre la burguesía y la nobleza) o la de la Libertad contra el Despotismo, deben concluir en la extinción total de uno de los rivales. Sin embargo, esta solución «no la aceptó Sarmiento en su literalidad. Por eso, cuando se trataba de proponer soluciones, todo un aspecto de la imagen